

Caballos en la noche

Había anochecido y la mayor parte de los pasajeros dormía en el ómnibus. Seguíamos un camino polvoriento, bordeado por tunales, siguiendo las suaves laderas de un cerro. Aún nos faltaba un buen trecho para llegar a Ayacucho. Había luna nueva y se divisaban las formas del paisaje. Mi asiento se encontraba detrás del chofer y podía ver lo que teníamos por delante. A su lado, y también dormitando, viajaba un hombre de edad, pelo muy corto y tez prieta. En algún momento el ayudante se había dirigido a él llamándolo, con respeto: “Don Leonardo.” Se trataba a la vista del dueño de uno de esos fundos que por entonces se llamaban, pomposamente, “haciendas”, en las punas de Huamanga. Hombre de cráneo casi cuadrado, me fue desde un comienzo muy desagradable. Lo fue aún más por la forma casi despectiva con que hablaba a su mujer, que lo acompañaba, y a todos cuantos le dirigían la palabra.

Avanzábamos, pues, por esa tortuosa vía, yo me distraía en acompañar, mentalmente, al viajero que un poco más allá canturreaba el huaino que dice: *Apanjoray, apanjoraycha...* De pronto alcanzamos, en una curva del camino, a una tropilla de caballos. Un jinete iba a la cabeza y otros a los costados. El conductor del vehículo disminuyó la velocidad y se pegó a la derecha. Su vecino de asiento, que se había despertado, le dijo con voz autoritaria: “¡Siga usted!”. “Es lo que hago, don Leonardo”, le respondió obsecuente el chofer. Y en efecto continuó la marcha, aunque a

menor velocidad. Uno de los pasajeros comentó, refiriéndose a los animales: “Los llevan a vender”. Y habíamos sobrepasado ya a los que estaban a la cola, y parecía que, a pesar de la luz intensa de los faros, del ruido del motor y del nerviosismo de los equinos, sucedería lo mismo con los que se hallaban adelante. Mas no fue así, porque el hacendado le hizo un gesto al conductor, y éste, con un ademán de asentimiento, aceleró. Aún más asustados, los caballos vacilaron. Miré al individuo del timón y adiviné un fulgor malévolos en sus ojos. Volvió a hacer “roncar” su máquina, y dos o tres de los animales se desviaron por el declive abajo.

“¡Más rápido!”, exigió el de la cabeza cuadrada. El chofer apuró la máquina, pero lo único que consiguió fue que los demás brutos apurasen la marcha, aún más asustados. “¡Pásalos!”, ordenó con frialdad el terrateniente. “¡Ahora, don Leonardo!”, asintió el que manejaba, entusiasmado con el atropello. Inútiles fueron mis protestas y las de los demás viajeros. El carro avanzó por el costado de la carretera que daba al cerro, empujando a las bestias a un desordenado galope y, una a una, aterrorizadas, se fueron desviando cuesta abajo, hiriéndose sin duda con las pencas de los agaves y con los arbustos que allí crecían. “¡Se van a perder!”, gritó una señora. “¡Se van a matar!”, gritaron otros. “Dios, ¿cómo los van a encontrar en la obscuridad?”, se preguntaba una anciana.

Pero el culpable, y el autor intelectual, por así decir, del abuso, no quisieron escuchar a nadie, poseídos como estaban por una ciega obstinación. El primero parecía sonreír, complacido. “¡Pásale a ese tordillo!”, decía, sin importarle que el tordillo acabara en el fondo de la cañada. Indignado me puse de pie, para hacer algo, y lo mismo hizo un hombre que ocupaba el asiento del costado. Nos contuvo, sin embargo, un viejo que nos avisó: “¡No, ya los pasamos a todos!”. Y sólo se oyó entonces a la anciana que seguía lamentándose: “Ay, señor, ¿cómo los encontrarán sus dueños?”.

El viaje continuó en silencio. Cuando llegamos a un puesto de control, el chofer prendió las luces. Reparé mejor, entonces, en las facciones de don Leonardo y en sus ojillos adormilados. Se irguió con pesadez y se dio la vuelta para mirarnos. “¡Idiotas!”, nos dijo, al tiempo que bajaba del vehículo. El conductor sonrió con sorna.

Opté por callarme y los demás hicieron lo mismo. Alguien comentó que el tal don Leonardo había sido gobernador y más de una vez mayordomo de una fiesta religiosa en Huanta, además de asiduo cargador de las andas en las procesiones.

Todavía pienso ahora en esos animales galopando aterrados por ese camino, y en la convergencia que se dio, en esa noche, entre un hombre ignorante y adúlón, como el chofer, y ese sátrapa de provincia, y no sé por qué me imagino, además, que aún continuarán corriendo por esos parajes, al cabo de tantos años, fantasmales y despavoridos, esos caballos...